

Procedencia: Arquitectura viva

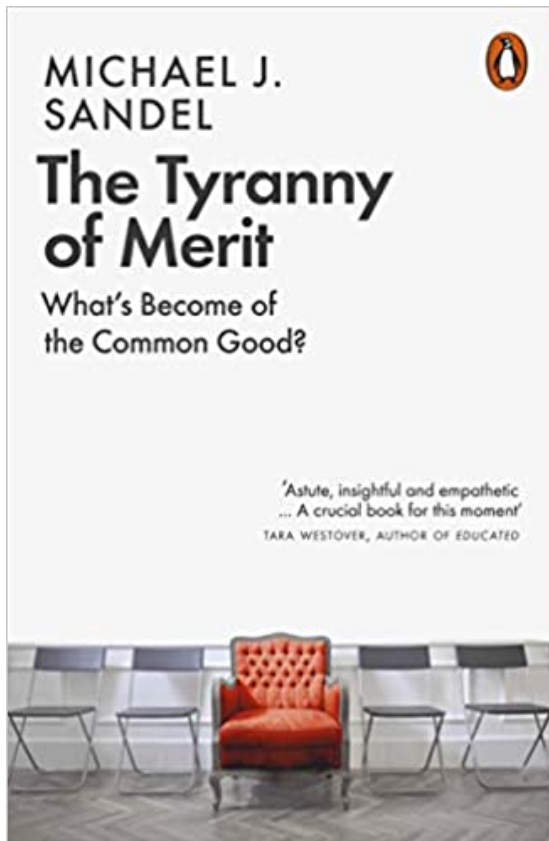
Roberto Colom

´Catedrático de Psicología Diferencial. UAM

Michael Sandel, profesor de filosofía política en Harvard y Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales 2018, publicó [‘The Tyranny of Merit’](#) en 2020. Su lectura me ha producido sensaciones encontradas que pretendo concretar seguidamente y que creo resumir en el título de este post.

Como es natural, el autor se centra en su país, donde, por lo que parece, se sigue explotando **la leyenda del sueño americano**. Pero sustanciar esa leyenda requiere un nivel de igualdad que los intrépidos psicólogos ya comprobamos que está [ausente en los Estados Unidos](#). Por tanto, lo que Sandel expresa puede o no ser generalizable a otros países, a pesar de lo cual se le presta una, a mi juicio, inmerecida atención. Una vez más, el efecto halo, casi mágico, que quizá produce ser [profesor de la Universidad de Harvard](#).

A la introducción (conseguir entrar) siguen 7 capítulos (ganadores y perdedores, breve historia moral del mérito, la retórica del ascenso, credencialismo, la ética del éxito, la máquina clasificadora, reconocer el trabajo) y se cierra con una conclusión (el mérito y el bien común).



La columna vertebral del mensaje de Sandel se construye sobre la idea de que quienes triunfan en su sociedad, presuntamente basada en el mérito personal, proclaman que se merecen su éxito. El reverso tenebroso es que quienes fracasan también deben considerarse responsables de ocupar las peores posiciones sociales (“**si mi éxito es obra mía, su fracaso debe ser culpa suya**”). La lectura perversa de esa división social es que el sistema parece justo cuando, según nuestro autor, no lo es en absoluto.

Al comenzar su ensayo denuncia la lucha titánica por ingresar en las universidades más prestigiosas de su país. Relata casos reales de cómo las familias con más recursos económicos están dispuestas a hacer trampas para conseguir que sus retoños ingresen en esos centros. ¿Por qué? Pues porque son la puerta de acceso a las mejores posiciones

sociales.

Trae a colación el hecho de que existe una correlación entre las puntuaciones en el SAT (el famoso test de admisión universitaria) y el nivel socioeconómico de las familias de quienes completan ese test escolar. Sin embargo, omite, estratégicamente, que esa relación puede explicarse porque hay una tercera variable implicada: el nivel intelectual. Por supuesto que más de dos tercios de los estudiantes de las universidades más prestigiosas provienen de hogares situados en el 20% superior de la escala nacional de renta, pero la explicación puede no ser la que Sandel parece favorecer.

The screenshot shows the SAT website homepage with the following sections:

- Homepage:** Practice, Register, Scores, Help, About the Tests.
- My Organizer:** Click here to find out about changes to My Organizer. User Name: user name, Password: [input]. Buttons: Sign In, Sign Up.
- THE REDESIGNED SAT:** Find out what's changing and what it means to you.
- Your SAT Today:** What you can do right now: Follow SAT on Twitter >, Log in or sign up for an account >, Get ready for the June SAT >, Find colleges and scholarships >, Learn more about AP® courses >.
- Practice:** Official SAT Questions (Free sample SAT questions, Free full SAT practice test, Official SAT Online Course, Official SAT Study Guide), Real SAT Subject Tests Questions (Free sample SAT Subject Test questions, Official SAT Subject Tests Study Guides).
- Register:** Upcoming Tests (Today is June, May 12, 2014). Table: Date, Deadline*, Status. *Deadlines expire at midnight, EDT (U.S.). Test Day Checklist: Calculator? Check. Snack? Check. What to bring and
- Scores:** See & Send Scores. Table: Date, Available, Status. Score Choice™: Put your best foot forward by choosing which scores to send to colleges.
- Do you want to:** Register Now, Send Scores.
- Find out about test center closings >**

Captura de pantalla

El complejo de superioridad de la élite es, para nuestro autor, una de las claves del auge de los populismos conocidos por todos, al haber desprestigiado activamente las, digámoslo así, ocupaciones manuales: “la concepción de la globalización como un fenómeno tecnocrático y favorecedor del mercado, fue adoptada por los partidos de izquierda y de derecha.” Quienes no prosperan en la nueva economía se sienten despreciados por quienes suben como la espuma: “en la actualidad, el 1% más rico de los estadounidenses gana más que todo el 50% más pobre (y) **la protesta contra la humillación tiene una mayor carga psicológica.**”

Como es lógico por mi profesión, lo que más me interesó del texto de Sandel es la carga de

responsabilidad personal que supone vivir en una sociedad presuntamente basada en el mérito. El hecho de que haya una abundancia de oportunidades, en absoluto implica que todo el mundo se encuentre en la misma disposición de aprovecharse de ellas. Tampoco, por supuesto, que quienes no lo hacen sean responsables de su fracaso. Eso de moverse dentro del tejido social entre los lugares más y menos apetitosos, según el talento de cada cual es, de hecho, un bombón envenenado: **“el estado del bienestar ha dejado de ser un amortiguador de la responsabilidad para convertirse en un supervisor de la responsabilidad.”** El hecho es que tu talento y tu trabajo se relacionan con dónde hayas nacido y con quiénes sean tus padres, aunque la retórica al uso, a la izquierda y a la derecha del arco político, proclame que una meritocracia no funciona así. Subraya Sandel que los ‘folks’ de la izquierda olvidaron, hace tiempo, su compromiso por equilibrar la balanza de los desfavorecidos por la mala suerte genética o divina.

El psicólogo del aprendizaje Richard Herrnstein puso los puntos sobre las íes, en ese sentido, en un célebre artículo publicado en 1971 en ‘The Atlantic’ y del que nos ocuparemos extensamente aquí en breve:

“Nuestra sociedad democrática rechaza las aristocracias y las clases privilegiadas, o que haya gente especial que pueda disfrutar de derechos también especiales. La visión de una sociedad sin clases sociales fue esencial en nuestra declaración de independencia, al igual que en el manifiesto comunista de Marx y Engels, por mucho que el modo de llegar ahí siguiese caminos bastante diferentes.

Con ese telón de fondo, la principal implicación de las diferencias de capacidad mental (o cognitiva, o intelectual), que se valoran constantemente en nuestra cultura occidental, es lo que dicen sobre una sociedad construida sobre las desigualdades humanas. El mensaje es tan claro que puede establecerse el siguiente silogismo:

- 1.- Si las diferencias de capacidad cognitiva se heredan.
- 2.- Si el éxito en nuestra sociedad requiere de esa capacidad.
- 3.- Y si el prestigio y los salarios dependen de ese éxito.
- 4.- Entonces la posición social, expresada por ese prestigio y esos salarios, estará basada, hasta cierto punto, en las diferencias cognitivas que se heredan.

No es una secuencia fácil de poner en entredicho en el tipo de sociedad que discute nuestro

profesor de filosofía política, quien eleva tres denuncias que quiero destacar:



Pintura de la época de la dinastía Song (960-1279) que representa un examen imperial.

- 1.- Reiterar el mensaje de que somos individualmente responsables de nuestro destino y merecemos lo que tenemos, erosiona la solidaridad y desmoraliza a las personas a las que la globalización deja atrás.
- 2.- Insistir en que un título universitario es la principal vía de acceso a un puesto de trabajo respetable y a una vida digna, engendra un prejuicio credencialista que socava la dignidad del trabajo y degrada a quienes no han estudiado en la universidad.
- 3.- Poner el énfasis en que el mejor modo de resolver los problemas sociales y políticos es recurriendo a expertos caracterizados por su elevada formación y por la neutralidad de sus valores, es una idea tecnocrática que corrompe la democracia y despoja de poder a los ciudadanos corrientes.

También me resultó especialmente sugerente el capítulo sobre el credencialismo, en el que se cuestiona lo que por estos lares podríamos llamar 'síndrome de la titulitis'. Me apenó que no hubiera ninguna referencia a ['The Bell Curve'](#) cuyos autores, entre ellos Herrnstein, llamaron la atención sobre esa misma situación allá por 1994, además hacer sonar las alarmas con respecto a cómo su sociedad se estaba dividiendo entre una élite y una

subclase cognitiva. La presidencia de Obama fue un ejemplo de la denuncia que elevan Sandel y los autores de aquella incomprensiblemente polémica obra: “en una era meritocrática, lo inteligente tenía más peso persuasivo que lo éticamente correcto.” Hillary Clinton siguió en esa misma línea: “en el corazón mismo del poder inteligente hay personas inteligentes, y estos profesionales de gran talento están entre los más inteligentes que conozco.”

La consecuencia de esa retórica es que “unos pocos (los dotados de credenciales educativas) gobiernan a unos muchos (los que carecen de ellas).” La política, por tanto, se ha ido polarizando según el nivel educativo de los ciudadanos, y el sistema ha ido excluyendo con entusiasmo creciente a quienes no estudiaron. Su modo de protesta ha sido abrazar el populismo, lo que ha supuesto un desprecio aún mayor de parte de las élites: “hoy en día la élite sabe que sus inferiores sociales son también inferiores en otros sentidos; básicamente, en aquellas dos cualidades vitales, la de la inteligencia y la del nivel educativo, a las que se les otorga el lugar de honor en el sistema de valores, ya más consolidado, del siglo XXI.”

La realidad, comenta nuestro autor, es que **ningún ciudadano tiene mérito alguno por el hecho de disfrutar de las aptitudes que casualmente tiene y que son valoradas en la sociedad actual**. Por tanto, no se merecen su éxito: “si nuestras aptitudes son dotes por las que estamos en deuda -con la lotería genética o con Dios—entonces es un error y un ejercicio de soberbia suponer que nos merecemos los beneficios que de ellas se deriven.”

Es una apreciación correcta, pero que Sandel olvida, quizá tendenciosamente, completarla: **por supuesto que quienes disfrutan de esas aptitudes no merecen su éxito, pero tampoco son culpables**: “una buena inteligencia o una magnífica voz, un rostro bello o una mano habilidosa, un cerebro ingenioso o una personalidad atractiva, son en gran medida tan independientes del mérito personal como las oportunidades o las experiencias que el poseedor haya tenido.”

Me encantó que nuestro autor trajera a colación una recomendación con la que suelo iniciar mis clases de introducción a la psicología diferencial en primer curso del grado de psicología: el relato de ficción Harrison Bergeron, basado en la idea de que **ser diferente va en contra de la ley**. Y usa el caso para señalar que los intentos de equilibrar la balanza social también tienen indudables peligros. Ponerle freno a los más capaces puede conllevar efectos colaterales difíciles de pronosticar. Y empujar a los menos capaces para que escalen la empinada cordillera social puede ser relativamente improductivo.



[El fracaso de las élites. Lampadia](#)

En este ensayo se denuncia el precio que supone la competitividad sin cuartel que existe por lograr una plaza en las universidades de mayor prestigio en los USA. Los jóvenes que compiten salen heridos del proceso (la tasa de suicidios ha aumentado un 36% entre 2000 y 2017), y, también, **se erradica la función educativa de la universidad**. Se propone, como antídoto, una estrategia basada en establecer umbrales mínimos de admisión universitaria, que lograrían superar muchos más candidatos que en la actualidad, y sortear seguidamente las plazas disponibles entre quienes hayan alcanzado esos valores (**el mérito como un umbral en lugar de como un ideal a maximizar**). Por supuesto, también habría que esforzarse para que el éxito en la vida no fuese tan dependiente de poseer un título universitario, algo que denunció hace tiempo Charles Murray en '[Real education](#)', sin que tuviera ninguna resonancia social a pesar de que las líneas maestras de esa publicación se hubieran delineado en tres artículos suyos publicados en el 'Wall Street Journal' en 2007.

Habla Sandel de "ayudar a los trabajadores a encontrar empleos que se ajusten a sus aptitudes (...) Aristóteles argumentó que el florecimiento humano depende de que llevemos a efecto nuestra naturaleza mediante el cultivo y el ejercicio de nuestras capacidades." Cómo se logre ese objetivo, no obstante, no parece preocuparle. La globalización, a través de algún mecanismo difícil de comprender, deja fuera de juego a la mayoría de los

Aunque la solución pueda verse, desde la realidad actual, como algo difícilmente alcanzable, debemos dirigirnos seriamente a buscar opciones creativas. Estoy seguro de que, al ponerse a ello, responsablemente, descubriremos que no eran tan complejo. La argumentación de Sandel parece llevarnos a concluir que la única solución viable, en el mundo actual, es obligar a quienes tienen más suerte en el juego de la vida a repartir sus absurdamente gigantes beneficios entre sus conciudadanos menos afortunados, esos, que son mayoría, que lo pasan mal para poder llevar una vida digna. Y no solamente en un sentido económico, que también, si no en el sentido de que su trabajo recobre el valor que tuvo. Las secuelas psicológicas suponen una amenaza justificada a la convivencia, así que sería necesario corregir la situación echando mano de la necesaria asertividad.

Lamentablemente, a cualquiera que pretenda contribuir a equilibrar la balanza se le acusa agresivamente de comunista o algo así. Si no dejamos a un lado los eslóganes y nos ponemos a trabajar con responsabilidad cívica, nos espera, y ojalá me equivoque, un futuro conflictivo.

Dejemos de echarle la culpa a quienes triunfan por atreverse a servirse de sus aptitudes para sobresalir en un mercado que les premia. Valoremos como se debe a los trabajadores que usan más sus manos que sus cerebros, apoyando que puedan percibir unos salarios considerablemente mejores y que puedan disfrutar de unas condiciones laborales verdaderamente dignas.

Los manipuladores de símbolos pueden desarrollar productos más valiosos en la llamada economía intangible, pero todos los ciudadanos usamos multitud de servicios que requieren de un trabajo manual escasamente simbólico. No se me ocurre ninguna razón de peso para valorar menos los segundos que los primeros. Y quienes argumenten en contra podrían fácilmente resultarnos sospechosos de padecer unos evidentes conflictos de intereses que deberían ser desterrados del mundo en el convivimos.

Si desea citar esta página

Colom, R. (2021). Ni lo merecen, ni tienen la culpa. En *Niaia*, consultado el 03/12/2021 en <https://niaia.es/meritocracia/>

Esta entrada fue publicada previamente el [Blog de Roberto Colom](#), y lo publicamos aquí con su autorización.

Creemos en el libre flujo de información. Republique nuestros artículos libremente, en impreso o digital, bajo licencia Creative Commons, citando la fuente



La Web de NIAIÁ y sus publicaciones (salvo aquellas en las que se especifique de otra manera) están bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional](#)